

## *Ciudadanos del mundo: narrando una nueva identidad global en Chile, Argentina y España\**

*Juliana Starkman*  
Carleton University

### UNA MIRADA CÍNICA

“Quisiera saber tu nombre  
tu lugar, tu dirección  
y si te han puesto teléfono  
también tu numeración”

“Canción para mi muerte”  
Sui Generis

La lucha humana para forjar y luego proyectar identidad es un tema que la literatura occidental viene tratando desde la época bíblica. Gran parte del sistema filosófico, al asimilar postulaciones tradicionales, se concentró así en el carácter esencial del individuo o del grupo, definiéndolo como naturaleza o como una herencia recibida por el hombre, quien a su vez podía aceptarla o desafiarla, pero nunca escapársele del todo. La identidad equivalía a un destino. El ejemplo más famoso sigue siendo el drama de Edipo, ese hombre que descubrió que su propia ignorancia

\* Este artículo forma parte de un proyecto más amplio sobre nuevas narrativas y la cultura globalizada del consumo. Quisiera agradecerle especialmente a José Leandro Urbina por sus comentarios y sugerencias.

no lo podía desviar de su fortuna. Alternativamente, la identidad fue teorizada por las ciencias sociales, a través de diversas ideologías (el marxismo, por ejemplo), las que la concibieron como una construcción determinada por circunstancias externas, sociales, históricas y políticas. Este acercamiento implicaba una cierta apertura epistemológica pues liberaba a la identidad del esencialismo inherente a un concepto basado en características biológicas y espirituales inalterables. No obstante, dentro del campo de la representación literaria, este cambio de método no fue mucho lo que hizo para liberar a los personajes de la ficción de su *karma* predeterminado. El modelo de conocimiento tradicional permitía una representación reproducida con variantes accesibles al lector histórico. Aunque el núcleo de la formación de la identidad ha sido, y sigue siendo, un tema de debate, su carácter estable se aceptó comúnmente como un hecho. Los métodos y procesos de descubrimiento se discutían críticamente pero la existencia básica de la identidad nunca fue puesta en entredicho. Con el surgimiento del posmodernismo literario, se produjo una reevaluación general de las categorías del discurso en lo relativo a la cuestión de la estabilidad o la unidad de los personajes de la ficción. En una explicación básica sobre los argumentos a favor y en contra de la llamada “muerte del sujeto”, Pauline Marie Rosenau ofrece una sinopsis, dividiendo a las voces conflictivas en “escépticas” (más comunes dentro de las humanidades) y “afirmativas” (que estarían presentes en las ciencias sociales, donde la desaparición del sujeto se ve como más problemática). El primer grupo, según Rosenau, “resiste al sujeto coherente y unificado como un ser humano o punto de referencia concreto” (21), mientras el otro, en vez de concentrarse exclusivamente en la desaparición del sujeto, prefiere enfatizar el más constructivo “nacimiento del individuo posmoderno” (21).

En las llamadas “nuevas narrativas” de Chile, Argentina y España, tal como en las novelas norteamericanas que les sirven de modelo (particularmente, en textos como *Less Than Zero* de Brett Easton Ellis), se nota la implementación textual de un rechazo del sujeto comprensivo, junto con un intento de ubicar críticamente al nuevo personaje, al que se concibió en una relación de diálogo con las teorías más recientes. Es imprescindible mencionar que la integración final de la identidad de los personajes no se logra nunca en estos textos literarios. Aunque sería ingenuo sugerir que no existe ninguna continuidad entre los diversos acercamientos al problema de la identidad, el conocimiento previo y el desarrollo de los argumentos posmodernos, el nuevo *pattern* de construcción de personajes se manifiesta con una fuerza particular en la literatura de la posdictadura. Como resulta imposible analizar aquí la totalidad de un *corpus* que ya es bastante extenso, me limitaré a hablar de una selección tomada de la primera ola de la nueva narrativa. Me refiero a *Historia argentina, Vidas de santos y Trabajos manuales* de Rodrigo Fresán, *Mala onda* de Alberto Fuguet, *Perra virtual* de Cristina Civalé, y *Adiós Carlos Marx, nos vemos en el cielo* de Sergio Gómez.

Estas ficciones se apropian, adaptan y hasta subvierten los discursos sociales hegemónicos con diversos grados de sutileza, dejando a la vista rincones selectos del mundo que el lector activa desde su propio conocimiento cultural. La contribución del texto literario es su capacidad para reciclar, diseminar y estimular discursos sociales. Dado que la ficción no se limita a reproducir superficialmente estos discursos, los textos sugieren también alternativas imaginarias para los problemas puestos en el primer plano. El texto reproduce y critica a la vez, y es a través de este desequilibrio que configura su universo. Ahora bien, no cabe duda de que la literatura que me propongo comentar ha sido marcada por la influencia de un nuevo orden mundial, el de la economía y cultura globalizadas, donde el acceso a la información y a los bienes de consumo foráneos se obtiene con facilidad. El fenómeno que se ha dado en llamar globalización no se limita así a la expansión de las cadenas de comida barata como MacDonal'd's. El fin del siglo XX ha sido testigo de la conformación de una "aldea global", tal como la pensó Marshall MacLuhan en los años sesenta y setenta, pero con una sofisticación mucho mayor de lo que él pudo imaginar entonces. Este fenómeno mundial crea un sentido de inclusividad que minimiza la distancia entre Santiago de Chile y Nueva York, pero que al mismo tiempo hace patente para los habitantes de la primera de estas dos ciudades la distancia cultural y económica en la que ellos se encuentran respecto de los pobladores de la segunda.

Si a esto se agrega el poder del consumismo y del mercado global como guía cultural, tanto en el caso de los personajes como en la vida de quienes leen acerca de sus peripecias, el problema de la subjetividad se complica todavía más, desencadenando preguntas y conclusiones potenciales que rompen con las teorías tradicionales del sujeto. Las fuerzas posindustriales de la globalización han demostrado sus poderes de socialización al operar con una estrategia y con una meta concretas con las que, irónicamente, glorifican y destruyen al individuo simultáneamente. El caso de la compañía Nike es un buen ejemplo: por un lado, dan su apoyo a la autonomía del individuo con frases publicitarias como "*Just Do It*", y por el otro, intentan vender a cualquier costo, masivamente, globalmente, un mismo individualismo que se confecciona en serie y que se vincula estrechamente a los simulacros de la publicidad. Definirse o ser definido por fuerzas externas ya no puede entenderse como un proceso con un final esperado. En vez de la búsqueda de un efímero pero siempre presente "ser", el proceso se ha vuelto un ejercicio autojustificante, dentro del cual cualquier decisión o concretización termina siendo contraproducente. La formación contemporánea de la identidad y la creación de personajes literarios se basan así en una mezcla confusa de flexibilidad y fragmentación. La cultura del consumo ha borrado en gran parte la delicada línea entre identidad e identificación, llevando al reemplazo de la una por la otra y a una intercambiabilidad que parece fácil mientras que por detrás se oculta una fuerte tensión social y literaria.

Antes de entrar con más profundidad en la discusión crítico-teórica del problema de la identidad y sus repercusiones, quisiera tocar un punto básico: el vínculo entre las culturas juveniles de las sociedades ficticias, y las sociedades locales desde donde emerge la ficción contemporánea. La conexión me parece importante porque la juventud es ese momento de la vida en el cual la identidad se desarrolla, se prueba y se concretiza en un tener que ser que se halla anclado en lo histórico. Como lo describió Erik Erikson en *Identity: Youth and Crisis* (1994):

En los años finales de la escuela, los jóvenes, plagados por [...] la inestabilidad de sus futuros roles adultos manifiestan su interés por establecer una subcultura adolescente [...]. Se preocupan morbosamente con su apariencia en la mirada de los demás en comparación con la imagen que tienen de ellos mismos y con el problema de cómo conectar las herramientas cultivadas anteriormente con los ideales del día (128).

Erikson agrega que la adolescencia se halla marcada por una necesidad juvenil de encontrar “hombres e ideas en los cuales tener fe” (128). El lector reconocerá este deseo en el caso *Mala onda* de Alberto Fuguet, por ejemplo, en la buena relación que tiene Matías con su profesora de literatura. Un caso más radical sería el interés súbito del personaje Marce Santelices por la política estudiantil, en el cuento “De cómo matar ninjas” de Sergio Gómez. Erikson califica su declaración, explicando que esta tendencia a confiar no es siempre visible; que “el adolescente teme las relaciones de confianza y, paradójicamente, expresará su necesidad de creer a través de un cinismo vocal” (129). Si el malestar expresado es “verdadero” o es solamente un intento de evitar la vergüenza que se asocia con el acto de abrirse emocionalmente al mundo, su existencia se concretiza a través de su enunciación. La etapa adolescente representa no solo una ruptura simbólica con los padres, sino también un desafío hacia la autoridad como fuente única de información. Consecuentemente, la adolescencia (y las interpretaciones literarias de ella) han de servir como un fértil terreno tanto para los conflictos típicos de nuestra época como para las fobias sociales de las que es víctima la juventud. Si combinamos este período de inestabilidad y dudas emergentes con la desaparición del sujeto que caracteriza al pensamiento posmoderno, entonces el deseo de una generación de inventarse textualmente se vuelve problemático, y según algunos críticos como Fredric Jameson se convierte hasta en una imposibilidad.

Igualmente relevantes son las tensiones creadas por la condición de ser que tiene por un lado el ciudadano del llamado Tercer Mundo, residente en sociedades con altos niveles de corrupción, desempleo e inestabilidad gubernamental, y las que tiene un habitante del llamado Primer Mundo, que se resiste, o no, a ser manipulado y definido por el mercado y el lenguaje de las propagandas. En el caso de Latinoamérica, esta división geopolítica entre mundo desarrollado y no desarrollado

se dibuja con cierta arbitrariedad y reorganiza los mapas tradicionales. Algunos barrios (Las Condes en Santiago, o el Barrio Norte en Buenos Aires) poseen un decidido aire primermundista, mientras a escasa distancia de ellos, otras zonas urbanas quedan atrincheradas en el reino del subdesarrollo y la carencia.

Tal vez en su reconocimiento de esta heterogeneidad, la nueva narrativa se confronta abiertamente con todos los niveles sociales. Estos choques se manifiestan sobre todo en la relectura, crítica y reescritura de narrativas previas, en un proceso hiperconsciente y muy público de creación, construcción y diálogo. No obstante, surgen contradicciones, incluso en las etapas más tempranas de este intento de narrar mundos contemporáneos. Si estas historias y novelas son ejemplos de la escritura como construcción de identidad en sus distintos niveles, entonces, ¿cómo se reconcilia este ejercicio con la supuesta imposibilidad de textualizar el sujeto unificado? Si tanto éste como su entorno se han desdibujado y perdido legitimidad crítica, ¿cómo justificar el proyecto literario?

Tomando como base crítica el acercamiento posmoderno a la subjetividad, se puede observar que este debate utiliza una serie de teorías contemporáneas relativas a la crisis del concepto de identidad, que convergen y a veces se entrecruzan, para probar el debilitamiento del sujeto. Las preguntas que surgen entonces son: ¿cuáles son las teorías más efectivas para analizar una generación globalizada y consumista? Y segundo: ¿cómo se manifiestan o se disputan estas teorías en la ficción de esta generación? En un mundo donde las fronteras se borran cada vez más gracias al ilimitado acceso al exterior, ¿cómo se reconcilian las necesidades de identidades nacionales que siguen desarrollándose con la ola textual de una autoimpuesta asimilación?

## LA CIUDAD VISTA DESDE ARRIBA

“Un pseudo punkito con el acento finito quiere hacerse el chico malo tuerce la boca, se arregla el pelito toma un trago y se vuelve a Belgrano”.

“La Rubia tarada” (Sumo)

La ficción de la nueva narrativa proviene de un ámbito social que se podría definir como la clase media urbana. Esto se nota en los textos de Fresán, Fuguet,

Gómez y Civalé, donde los personajes viajan al exterior, compran *cd's* importados y se encuentran en “*chat rooms*”. Este también es el caso de Carlos, el protagonista de *Historias del Kronen*, que no tiene necesidad de trabajar durante sus vacaciones y cuyo padre le ofrece: “Si quieres, te podríamos enviar a Francia, como a tu hermana” (66). Se entiende que aquí el modelo identificatorio literario es Patrick Bateman, el protagonista de *American Psycho* de Brett Easton Ellis, la engominada personificación de las jóvenes clases adineradas. Manhattan, la ciudad imaginaria donde Patrick juega y caza, es también la ciudad contra la cual se miden todas las otras del *corpus* literario que nos interesa. Como lo explica Matías en *Mala onda*: “... ir a Nueva York huevón; meterse al CBGB, cachar a la Patti Smith en vivo. ¡Esa es vida pendejo, no esto! Un día en Manhattan equivale a seis meses en Santiago” (58). La experiencia económica y espacial compartida por los personajes actúa como una fuerza de inclusión y exclusión a la vez. Los personajes gozan de libertad financiera y física junto con la capacidad de moverse entre espacios “progresivos” y americanizados. Esa libertad no es igual a la de los personajes que habitan en ciudades más pequeñas: “La gallada es más tranquila que un *poster*, más tropical y en familia, envidiosos de los locos reventados que aparecen en los cuentos de Fuguet” (Gómez 28). El narrador de Gómez establece una comparación entre su propia experiencia austral y la de los santiaguinos que él admira. Ellos, a su vez, preferirían estar en Nueva York, viviendo la intensidad de ese centro urbano utópico. No obstante el caso de Carlos, quien parece no sentir envidia hacia los Estados Unidos, y quien tampoco concibe ese país en los términos místico-míticos que usan sus contemporáneos, un gran porcentaje de los protagonistas, especialmente en los textos de Fuguet y Fresán, define su espacio personal según los vacíos que ellos sienten por culpa de su condición no-estadounidense: “En otro *shopping-center* Forma carga su *walkman* con canciones de Jonathan Richman... No se venden *CD's* de Jonathan Richman en los *shopping centers*. Forma siente esto como una verdadera injusticia” (Fresán *Trabajos* 185).

A pesar de las atracciones y ventajas que constituyen el patrimonio de las grandes ciudades, el constante cambio de modas problematiza para muchos de los personajes su posición social e incluso su identidad de un minuto para el otro. Un fácil acceso económico también implica la capacidad de mantenerse en la cumbre de la moda, financiando cada nuevo capricho que dicta la sociedad, pudiendo así quedarse el personaje dentro del “mercado”. Para sobrevivir en la selva urbana, es imprescindible que a uno lo identifiquen con lo nuevo, lo último. Matías, en *Mala onda*, se enoja cuando se entera de que su regalo, cocaína traída de Brasil, ya se probó dentro del grupo de sus conocidos y por lo tanto ha perdido novedad. Para colmo, al haber estado en Brasil en viaje de estudios, Matías perdió la “iniciación”, quedándose fuera de la vanguardia social. Similarmente, Patrick Bateman y sus amigos no se atreven a moverse sin sus copias del guía Zagat para restaurantes. La tensión que causa la permanente búsqueda en pos de lo nuevo y lo prestigioso genera al fin

de cuentas una frustración tremenda cuyo desahogo en muchos casos se manifiesta en un eventual cuestionamiento de y desafío al sistema que apoya y perpetúa esta locura insaciable. Al final, el sentido de identidad que tienen los personajes, asociado íntimamente a su desesperación por aparecer en los lugares justos, se desequilibra y se fragmentariza. El vivir en una ciudad específica ya no es suficiente para confirmar una identidad deseada; lo importante es ser identificado con los espacios “in” (léase globales) de esa ciudad.

En el caso de Buenos Aires, los sociólogos Margulis y Urresti se refieren a la fuerte relación de amor-odio que mantienen las culturas juveniles con el medio urbano. También los personajes de la nueva narrativa discuten lo positivo y lo negativo de sus respectivas ciudades, generalmente sin lograr un acuerdo. Los protagonistas de “Extrañas costumbres orales” de Sergio Gómez no se deciden sobre Santiago, cambiando de opinión con una arbitrariedad casi cómica:

-La cordillera se ve rosada. ¿Qué ciudad del mundo puede ofrecer un espectáculo así?

-¿Suiza?

-Pero eso es un país. Amo esta ciudad.

-Hace un rato dijiste que te caía mal.

-Tiene cosas buenas y cosas malas (137).

En *Historias del Kronen*, Carlos y Roberto discuten el “problema” de Madrid con la misma actitud vacilante que caracteriza a sus pares chilenos:

-Tengo ganas de irme, ya estoy hasta el culo de todo esto. No aguanto más esta ciudad. Necesito aire puro, playas, esas cosas...

-A mí me gusta Madrid. Aquí nadie te pregunta de dónde vienes ni se preocupa si tienes una camiseta de Milikaka o no. Cada cual va a su rollo y punto. Cada movida tiene su zona...

-Nada. A mí también me gusta Madrid, pero tiene muchas cosas malas (95).

Aunque la mirada a la ciudad parezca mudadiza al principio, la relación es en efecto de emociones que oscilan entre el amor exagerado y el odio, con una sorprendente facilidad, pero que nunca son triviales. Uno de los focos de Margulis y Urresti son las llamadas “tribus urbanas”, a las que definen como subculturas que manifiestan una “actitud contestataria al enmarañado paisaje urbano” (4). Por cierto, la ciudad y sus códigos de inclusión y exclusión (algunos impuestos por los mismos jóvenes) son un punto natural de conflicto para la juventud, especialmente para aquellos jóvenes que provienen de las clases populares y que sufren el doble castigo de su edad, que los convierte en sospechosos ante la ley, y su condición socioeconómica, que

provoca prejuicios todavía más fuertes, impidiendo la adquisición de los bienes “necesarios” (según el mercado) y que son los que sirven de pasaporte al círculo interior. Aunque los personajes de Fuguet, Fresán y los demás enuncian su descontento hacia las ciudades en las que habitan, apuntando particularmente hacia ciertos espacios simbólicos (los *shopping centers*, por ejemplo), no se puede decir que constituyan una tribu en sí dentro de la literatura. La lucha para lograr una identidad no se realiza a nivel colectivo en los textos literarios. Esto no implica que no se mencionen ciertos grupos particulares o que no se establezca su ubicación dentro de las geografías exclusivas de la ciudad. Matías, por ejemplo, habla de Juancho’s, un *pub* conocido como el local de los elegidos, de la juventud dorada: “no cualquiera tiene acceso, eso es verdad. Hay un guardia en la puerta para cuidar que todos los que ingresan sean G.C.U.” (54). Asimismo, existe una delineación de los espacios urbanos que se liga a grupos específicos por parte del narrador de “De cómo matar ninjas”. En Concepción: “La galería del Plaza es para los volados rascas del Liceo Enrique Molina. Para los compadres del Charles de Gaulle y el Alemán están los videos de la galería Martínez” (28). Se comparan también las dinámicas sociales que existen en las ciudades grandes con la que rige en las más pequeñas: “no hay comparación con ir a Providencia en Santiago. El Mercado Municipal equivale aquí al Mall Panorámico” (28).

Finalmente, las posiciones privilegiadas que ocupan los habitantes de las capitales de Cono Sur siguen siendo un elemento influyente y un factor importante en el desarrollo de una lectura crítica de estos textos. Tomando como referente la discrepancia entre lo que se puede hacer o ver en Manhattan en comparación con Boise, Idaho, el desfase entre Buenos Aires y el resto de Argentina es culturalmente insuperable. Este hecho es importante, sobre todo para la clase media. Para las clases altas, o para las más bajas, la ubicación social se vuelve secundaria en tanto que capacidad para “globalizarse”. La afluencia siempre ha sido una herramienta de globalización y la pobreza no la será jamás.

A pesar de las numerosas referencias a grupos sociales específicos, las relaciones que se presentan en estas obras se desarrollan al nivel del individuo. No obstante, las repercusiones poseen características aplicables generacionalmente. La búsqueda en pos de la identidad sigue siendo una ilusión, aun en un momento y en un lugar donde el sujeto como concepto ha sido vaciado (menos en su forma publicitaria). Lo que sí ha cambiado es el sentido del malestar, el que viene mezclado con una alta dosis de expectativas sociales. Esta esperanza, junto con otros factores políticos y sociales, apunta textualmente a la presencia de una ausencia. Tal vez el término “nostalgia”, como lo ha definido Jameson, sea impreciso, dado que el “*saudade*” que se ficcionaliza no es necesariamente por lo perdido. La queja de Carlos en *Historias del Kronen*, cuando dice que hoy día ni la rebelión tiene sentido, no expresa un íntimo deseo de lucha. Sus comentarios son una respuesta cínica al discurso arcaico que presume que ahí está el problema: en la incapacidad de la juventud actual

de asumir el destino tradicional del joven rebelde. Se siente que algo está mal, que algo falta. Existe, al parecer, un deseo general de regreso a los años sesenta, tal como los muestran ciertos documentales que se transmiten en los canales de televisión por cable. El proyecto que uno percibe en esta literatura no es el de narrar un proceso de vida, sino el de ofrecer un cínico testimonio respecto de la capacidad que el individuo tiene para nadar un poco más antes de ahogarse entre la multitud. Esta proposición oscura no impide que los personajes enfrenten los que ellos consideran que son problemas dentro de sus respectivas sociedades. Si parece una contradicción, significa que se está empleando un criterio equivocado. Las comodidades superficiales y el potencial material de la forma de vida de gran parte de los narradores y protagonistas se mencionan claramente al comienzo de muchas de estas narrativas. En algunos casos incluso aparecen en el primer plano, y no como un mero fondo contextual. Un caso notable se observa en el cuento “Extrañas costumbres orales” de Sergio Gómez. En este texto de *McOndo* el lector nota el constante murmullo de evaluaciones de capital moral y social por parte de los personajes. Desde juegos de té de porcelana hasta supuestas invitaciones para presenciar una misa con la familia real de Mónaco, se dibuja la imagen de un estrato social que se benefició con los cambios introducidos por la globalización y por el aumento del consumismo. Irónicamente, esa misma gente hace un esfuerzo enorme para ocultar la novedad de sus privilegios y su estatus: “Tus viejos se hicieron socios del Regine’s antes de que se instalara en Chile, según tus cálculos. Compraron acciones para ingresar al Country Club” (Fuguet 116).

El tiempo de las narrativas, dentro del cual se desarrollan los personajes, empieza entonces con la introducción de lo “comprable”, ya sea en la forma de los productos materiales o del poder penetrar en sectores sociales anteriormente cerrados. Así se nutre una imagen que se convierte en identidad de clase. Más innovadora aún, vinculada íntimamente con la compra de imagen, es la capacidad de comprarse una identidad particular. El concepto de la identidad como un producto vendible o comprable no se creó en el vacío. El proceso social, económico y político que culminó con su éxito y con su implementación fue cuidadosamente pensado, con un público específico como blanco: la misma clase media que aparece ficcionalizada en las novelas y en los cuentos que aquí se mencionan. En vez de volver a la establecida conexión entre las dictaduras de los años setenta en el Cono Sur y a su elección del modelo económico neoliberal, creo que puede ser más productivo centrarnos ahora en lo que fue el mayor resultado de esta decisión: el consumidor, tal como éste ha sido definido por los críticos de la cultura global del consumo.

## LA CONCEPCIÓN DEL CONSUMIDOR

“No estoy solo, puedo salir a comprar”

Los Divididos

El sociólogo Tomás Moulian fue el primero en introducir el concepto del “ciudadano *credit card*”, en *Chile actual: Anatomía de un mito*. Aunque el espectro de este ser ya había sido prefigurado en las teorías de ciertos críticos europeos como Henri Lefebvre y de otros latinoamericanos como Néstor García Canclini, el análisis de Moulian y sus conclusiones son particularmente atendibles por su acercamiento comprensivo, el cual va más allá de los intentos superficiales que definen al consumo como un fenómeno autosuficiente y atemporal. Moulian, en cambio, insiste en que el sistema es el resultado de un largo proceso, el que tuvo lugar en un país al que él bautiza como “Chile actual”. En ese lugar, cuya historia relevante empezó el 11 de septiembre de 1973, “la identidad del Yo se construye a través de los objetos” (106). En defensa de esta posición, Moulian, al igual que Eugenio Tironi y José Joaquín Brunner, vincula los actuales desarrollos del mercado no solamente con temas económicos sino también con otros discursos como el político y el de la reformación y destrucción del individuo. La culpa de los actuales problemas relativos a identidad y ciudadanía, se atribuye, entonces, a agentes externos. Externos, en este caso, no se refiere a lo foráneo sino a una fuerza ajena a la capacidad de los individuos mismos. Moulian no sugiere en ningún momento que la actual desintegración de una supuesta antigua cohesión identitaria sea el resultado de una decadencia del individuo. Tanto en *Chile actual* como en *El consumo me consume*, Moulian se empeña en ubicar este fenómeno dentro de su contexto global y nacional. Más curioso aún es su examen de las repercusiones culturales y éticas de largo plazo. Siguiendo el modelo flexible o “afirmativo” de Pauline Marie Rosenau, Moulian no se concentra en la muerte del sujeto tradicional, prefiriendo enfocar el surgimiento de un nuevo personaje al cual llama alternativamente “ciudadano *week-end*” o “ciudadano *credit card*”. El eje de su teoría es la idea de que el acceso a los bienes de consumo forma la base para la construcción de dos conceptos inseparables: la subjetividad y su relación con la sociedad. Veamos ahora a Fuguet:

Pensé en Chile y en mi vida, que es como lo que más me interesa. Cuando algo parecido a una depresión comenzó a rondarme, cambié de tema y me concentré en las vitrinas; caché, por ejemplo, que las poleras O’Brian se venden en todas partes. Me sentí más seguro (Fuguet 10).

Un análisis del monólogo interior de Matías, cuando está en las playas de Río de Janeiro, demuestra a mayor abundamiento la manera en que la ficcionalización del ciudadano de Moulian logra no solo aplazar su identidad y toda idea de ella, sino también se deja consumir por una conciencia publicitaria. Moulian dice que el consumo le da propósito a la vida. Esta idea se justifica en novelas como *Historias del Kronen* de Mañas, o en un caso más drástico en *American Psycho*, donde el consumo y la identidad se juntan en el cerebro del protagonista para luego estallar en un proceso canibalístico de apropiación (en realidad, el consumo en su forma más básica). El lector entiende finalmente que las narrativas a las que aquí nos estamos refiriendo muestran trayectorias cuyo fin es la igualación de vida y consumo.

Una “depresión” empieza a filtrarse en la conciencia de Matías mientras éste analiza su propia subjetividad y su relación con el entorno. Como este proceso podría llevarlo a iniciar una búsqueda o, peor aún, obligarlo a llegar a conclusiones incómodas, su inquietud es rápidamente sofocada dentro de un aprendido y asimilado discurso hegemónico que nunca se cuestiona. La alienación experimentada por el narrador/protagonista mientras toma el sol se apacigua con su consciente intento de desviar la atención de su angustia interna hacia lo superficial y lo externo. Existe efectivamente un gran desfase entre el lenguaje glorificador, tranquilizador de la sociedad globalizada del consumo y un creciente malestar y retirada de la esfera pública por parte del individuo. Un tema que aparece con frecuencia en los textos de la nueva narrativa es la capacidad del consumo de enmascarar o diferir la profunda importancia del rechazo, desintegración y falta de una identidad coherente; el ser no solamente se consume infinitamente sino que también se comodifica y se revende en distintas formas. La competencia de Matías para reconocer una marca internacional en una vidriera no revela su capacidad para orientarse o ubicarse dentro de un marco internacional, estando lejos de su casa. Su alivio viene al reconocerse a sí mismo dentro de esa vitrina: la identidad de Matías es lo que se vende, al igual que las camisetas.

Un proceso parecido ocurre en el cuento “La forma del *shopping center*” de Rodrigo Fresán. Ahí, el protagonista Forma experimenta un momento “comercial” de duda existencial. Se muestra contento al haber encontrado el producto clave que cree necesitar para completar su felicidad. Lamentablemente para Forma, en la cultura del consumo esa búsqueda es continua. Siempre faltará un producto más para lograr el estado deseado. En el cuento, el contraste al discurso de Forma lo ofrece su hermana, conocida por su apodo “La Dinamitera loca de los *shopping centers*”. Mientras Forma cree en la satisfacción potencial de la vida “*shopping*”, se acuerda del comentario de su hermana, quien le dijo alguna vez que “La gente desaparece en los *shopping-centers*, te lo rejuro” (182).

Aquí volvemos al comentario de Moulian en torno a la fuerza reguladora que tiene el consumo en la interacción entre individuo y sociedad. Tanto él como el más

optimista Rob Shields, autor de *Lifestyle Shopping: the Subject of Consumption* (1992), han destacado el cambio en las relaciones entre los individuos y sus respectivas comunidades. Por ejemplo, mientras Moulian reconoce el rol del *shopping* como un “espacio intercomunal, un lugar de peregrinaje” (*Chile...* 111), Shields insinúa que existe una relación más productiva, hablando del consumo como “una forma de intercambio social a través del cual se actualizan comunidades, influencia y micropoderes” (99). Luego, Shields admite su “frustración con los *shopping centers...* y su fracaso por no haber realizado la prometida experiencia de centralidad social” (110). Leído dentro del contexto de un poderoso desencantamiento, tal como lo experimentan Forma y Matías, el tema vigente no es la traición sino la articulación de una gran frustración o, alternativamente, el rendirse frente a un sistema insatisfactorio pero de alguna manera grato.

## UNA ESTÉTICA DE SOBREVIVENCIA

“Please don’t wake me  
no don’t shake me  
leave me where I am  
I’m only sleeping”.

“I’m Only Sleeping” (The Beatles)

La expresión que mejor define el continuo intento del personaje Forma de sobrevivir y así asegurarse alguna identidad (un proyecto imposible como se podrá notar por su misma falta de nombre), fue elaborada por el crítico y escritor argentino Eduardo Rosenzvaig: “Ni participar, ni ser, ni evolucionar: zafar, dicho en el lenguaje coloquial argentino” (Símbolos 4). El verbo zafar no equivale en la jerga porteña al término “sobrevivir”, pero la sobrevivencia no posee aquí el mismo sentido de desesperación y de la exaltación experimentada a corto plazo por los que pudieron escapar a la amenaza de la mediocridad y el fracaso (o a la parálisis en el mejor de los casos) denunciados por los protagonistas de la literatura postdictatorial globalizada. Zafar significa más bien “salvarse”, particularmente dado el sentido egoísta de este verbo.

Alejo, otro de los personajes de Fresán, es una nueva personificación ficcionalizada de esta propensión a sobrevivir a toda costa. Ejemplarizando el eterno sobreviviente, Alejo representa el verbo zafar en su sentido más puro, vagando entre peligro y peligro sin ser demasiado afectado. En el cuento “La soberanía nacional”,

Alejo sobrevive a la guerra de las Malvinas. En *Trabajos manuales y Vidas de santos* evita serios problemas a pesar de su drogadicción. Finalmente, tiene la peligrosa costumbre de caerse siempre en las escaleras: “Alejo rodando por una escalera. Y más atrás aún, Alejo rodando por otra escalera. La colección de escaleras por las que rodó Alejo. ¿Cómo? ¿Me vas a decir que Alejo no rodó todavía por tu escalera? Pero si lo conocés desde hace años. Pensé que eran íntimos amigos (86)”. Además, Alejo tiene la capacidad de atraer mala suerte sobre todos los que lo rodean. Sin embargo, él mismo no se hiere nunca gravemente ni tampoco se mata en las situaciones ridículas por las que pasa:

El médico, en cambio, no fue tan afortunado... El primero de una serie de ataques cardíacos. El nacimiento de Alejo hizo girar la llave en la cerradura de la muerte de ese doctor... Mala suerte. Se sabe que Alejo tuvo, trajo, tiene y trae mala suerte. Guardar en un lugar seco y oscuro. Manténgase lejos del alcance de los niños... (86).

En la mente del lector, este personaje adquiere la forma de un superhéroe por ser invencible. No inspira ni odio ni temor a pesar de sus accidentes. Alejo es un sobreviviente. El texto se refiere varias veces al efecto que tiene Alejo sobre su entorno y a su aceptación de lo que existe como incambiable. Curiosamente, Alejo no es rechazado por sus conocidos, ni tampoco es culpado abiertamente por haberles causado daño a otros. En cambio, sugiere un acercamiento más bien cósmico, como en la cita anterior que se refiere a la vida y la muerte. Alejo aparece en esa cita como un ángel de la muerte benigno. Es absuelto de toda responsabilidad porque sus acciones se interpretan como una parte inevitable de su triste destino. Alejo también aparece en roles positivos, sirviendo de fuerza vital para los demás personajes:

Señores pasajeros, tengan a bien no tener miedo; si yo estoy aquí no les pasará nada... Todo el tiempo me están pasando cosas espantosas. Pero siempre sobrevivo. Esto del avión es apenas una más de esas cosas espantosas. Y, como yo no voy a morir, supongo que ustedes tampoco... (154).

Así, Alejo se convierte en un modelo de época. No posee una identidad en el sentido tradicional. Su carácter es más bien una colección de tendencias programadas externamente, un conducto para la articulación de relaciones personales que casi nunca se definen como un intercambio o un enriquecimiento mutuo, solo se mencionan en términos negativos o de una sobrevivencia precaria. Alejo, en vez de tener una identidad propia, es el portador de una identificación, una marca que ya ni intenta eludir. Habiendo asumido su destino, se deja consumir por éste, al igual que la joven prostituta en el cuento “Perra virtual” de la argentina Cristina Civalé, cada vez que entra en el “*chat room*” y que asume el apodo “Luz”.

Alejo ingresa a la órbita física de los demás y les cambia la vida permanentemente sin dejar siquiera una marca. Más que un personaje, es un poder que le obliga al lector a preguntarse si el texto no merecerá una lectura alegórica. Alejo hace desaparecer a la gente, tal como él mismo desapareció en una nube de técnicas de sobrevivencia. Luz también desaparece, reprimiendo sus emociones e identidad para pasar por la sociedad. Defraudada por la discrepancia entre la comunicación madura y sofisticada que encuentra en el “*chat room*” y la banda de vírgenes escolares que aparecen para la cita acordada, Luz vuelve a su estado “productivo”, de personaje-producto: “Con los ojos cerrados hizo el amor con cada uno de ellos y trató de que ninguno notase cómo una única lágrima le rodaba por la mejilla, creando una recta perfecta que terminaba en su mentón que ahora temblaba” (Perra 24).

En esta nueva narrativa hispánica, estar presente en un *mall*, o en la cultura del *mall*, y desaparecer, no son conceptos opuestos. Es más, según lo ha sugerido Rosenzvaig, es al desaparecer, o al interrumpir la evolución personal, que uno “zafa”. El personaje Forma, no obstante sus elogios a las maravillas de los *shoppings*, mantiene una presencia y una individualidad que todavía no se dejan consumir, mientras sigue buscando el elusivo y deseado *CD* de Jonathan Richman; una búsqueda que sostiene dentro de los parámetros de una aparente (pública) felicidad. En los casos donde los protagonistas rompen el silencio colaborador y exigen más de lo que el sistema es capaz de ofrecer, éstos se ponen en riesgo y se convierten en blancos de acuerdo a las mejores tradiciones de la juventud literaria.

Ligado a la idea de una desaparición física o social (por ejemplo, el poder estar “solo” y desapercibido en un lugar público) está el concepto de un autoentierro emocional, la represión final de los últimos vestigios de identidad tal como ocurre en *Historias del Kronen* y en *American Psycho*. La historia de Roberto, en el primero de estos textos, es más típica y más inquietante aún que el caso del sicópata Bateman. Roberto, conversando con un terapeuta sobre el episodio donde Fierro es matado sin querer, en su propia fiesta de cumpleaños, confiesa la dificultad que tenía para esconder sus deseos sexuales frente a sus amigos. Para cubrir efectivamente sus sentimientos, Roberto se dejaba llevar por el grupo, aunque eso significara perderse en el proceso.

-Pero no puedes seguir escondiéndote siempre, encerrándote...

-Eso es lo que hace Carlos. Se encierra, se encierra, nunca dice lo que siente, es como... Lo desnudaba en mi mente. Me imaginaba situaciones y conversaciones inverosímiles desde luego, pero es que a fuerza de encerrarme, esas fantasías eran mi única salida ¿comprende? Eran mi pequeño secreto, un residuo de libertad fuera del opresivo círculo del grupo (Mañas 231-2).

Eduardo Rosenzvaig ha teorizado una situación parecida, a un nivel social más general. Explica que el sujeto empieza a fragmentarse mientras intenta adaptarse

a un discurso hegemónico capaz de destruir su identidad. Tal como en el caso de Roberto, se sacrifican prioridades y se invierten para poder evadir cualquier conflicto y mantener un *status quo* social.

El impacto sobre la esencia creadora del sujeto social conduce al deterioro de la autoestima, a inmersiones de impotenzación... si pierde el proceso identificatorio, entonces sobreviene su fragilización subjetiva. Oirá como único el discurso de adaptación posibilista, generando pasividad frente al cuadro de explotación y denigración; un sometimiento raso... Un sujeto escindido, jerarquizando aquello que lo somete, abdicando de necesidades y sentimientos, identificándose con el agresor... sumisión del cuerpo, obturación de las actitudes críticas (*Zonas* 19).

Este secreto, este resto de identidad que fue escondido del escrutinio del grupo, es típico del eje disuelto del ser que actúa como el último anclaje de una identidad cada vez menos aparente en gran parte de los personajes. En el caso de Roberto, este último hilo del ser emerge solo después de un punto de quiebre del personaje. Solo los más íntimos temas (la orientación sexual en esta novela) se muestran capaces de resguardar lo que le queda de la identidad.

Lamentablemente, en el caso de *Historias del Kronen*, cuando Roberto decide no solamente zafar sino también vivir, surge una tendencia que lleva a la autodestrucción. La rabia reprimida durante tanto tiempo brota, dirigida hacia el personaje mismo, por no haberse expresado antes. Se trata de la dificultad experimentada por los personajes que descubren un núcleo interior, particular, que choca con el sistema hegemónico. En muchos textos, la sorpresa al confrontar finalmente un ser, o una identidad, en vez de una imagen construida, conduce a una súbita retirada del personaje del proceso de autodescubrimiento. Matías, en *Mala onda*, después de haber confrontado públicamente a sus padres, a su clase entera y a sus amigos, termina acostado en una cama, jalando cocaína con su padre, consumiendo lo mejor de la vida paterna. Para el lector parece obvio que actualmente la mejor destreza es la habilidad de los personajes de reemplazar sus máscaras y retirarse silenciosamente del combate social. Por supuesto, ésta estética de sobrevivencia posee un alto costo.

#### REFERENCIAS

- Civale, Cristina. *Perra virtual*. Buenos Aires. Seix Barral, 1998.
- Cubides, Humberto J., María Cristina Laverde Toscano, Carlos Eduardo Valderrama H. *Viviendo a toda: Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Santafé de Bogotá. Siglo de Hombre, 1998.

- Easton Ellis, Brett. *American Psycho*. New York. Random House, 1991.
- Erikson, Erik. *Identity: Youth and Crisis*. London and New York. W.W Norton, 1994.
- Fresán, Rodrigo. *Trabajos manuales*. Buenos Aires. Planeta, 1994.
- . *Vidas de santos*. Buenos Aires. Planeta, 1993.
- . *Historia argentina*. Buenos Aires. Planeta, 1992.
- Fuguet, Alberto. *Mala onda*. Santiago de Chile. Planeta, 1991.
- Gómez, Sergio. *Adiós, Carlos Marx, nos vemos en el cielo*. Santiago de Chile. Planeta, 1992.
- Jameson, Fredric. *Postmodernism or the Cultural Logic of Late Capitalism*. Durham, N.C. Duke University Press, 1991.
- Mañas, José Ángel. *Historias del Kronen*. Barcelona. Ediciones Destino, 1994.
- Moulian, Tomás. *Chile actual: anatomía de un mito*. Santiago de Chile. LOM. 1997.
- . *El consumo me consume*. Santiago de Chile. LOM (Libros del Ciudadano), 1998.
- Rosenau, Pauline Marie. *Post-Modernism and the Social Sciences: Insights, Inroads and Intrusions*. Princeton. Princeton University Press, 1992.
- Rosenzvaig, Eduardo. *Las Zonas: de Ottawa al Sur*. Tucumán, 1998.
- Shields, Rob. "Spaces for the Subject of Consumption" in *Lifestyle Shopping: The Subject of Consumption*. London & New York. Routledge, 1992, pp.1-20.